

blimados por el amor infinito. Y ¿quién puede encerrar éste en los estrechos límites de una colectividad humana, por antigua y aun por venerable que ella sea? En nuestro Madrid hemos visto cómo la presión clerical lograba arrancar la cruz de la fachada de un templo cristiano... ¡porque era un templo protestante! ¡Hasta ahí llega la aberración del fanatismo religioso! Los defensores de la unidad católica llamaron en este caso a la cruz «signo de un culto disidente». ¡Como si la cruz pudiese significar otra cosa de lo que realmente significa, el amor divino que se desborda y arrolla todo monopolio y toda bandería!

Quienes en circunstancias tan solemnes no encuentran otro símbolo para su actitud personal ante este mundo y el otro, claramente dicen aceptar aquel sentido que Jesús de Nazareth dió a la vida, aquella confianza optimista en un triunfo final del bien, aquella seguridad que este triunfo no se conseguiría sin esfuerzo y sin dolor. Esta interpretación del Universo guió toda la enseñanza, toda la actuación, toda la vida y muerte del Cristo. Es más: él vino para afirmarla y consagrarla. Y por ello, el divino fundador del Cristianismo es el Guía, el Caudillo, el Ideal supremo de quienes sienten así. Prescindirán de dogmas, abandonarán ritos, se separarán de Iglesias, hasta lucharán contra ellas; pero guardarán siempre en su corazón un santuario de adoración y amor para el Cristo, no confundiendo con los otros beneméritos caudillos religiosos de la Humanidad, sino estimándole en lo que tiene de distintivo, en su final trágico y glorioso en su Cruz. Como dice el mismo Unamuno: «El Cristo que se dió todo a sus hermanos de Humanidad, sin reservarse nada, es el modelo de acción.»

El uso de la cruz, signo de sufrimiento, quiere decir a estos hombres profundamente liberales que la lucha por la libertad es, en el fondo, un Calvario, esto es, abnegación de unos en favor de otros, servicio desinteresado, altruismo. A una política meramente conservadora le basta el móvil del egoísmo y la táctica de la prudencia. Pero cuando alguien se levanta, como Jesús en la sinagoga de Nazareth, para decir que el espíritu de Dios le impele a libertar a los cautivos, a dar buenas nuevas a los pobres, a consolar a los oprimidos, a proclamar, en fin, una nueva era, prepárese para el sufrimiento y hasta para la cruz. El bien tiene resistencias en este bajo mundo, que el mal jamás encontrará. A más alta excelencia de la causa, más costosos sacrificios para servirla.

La cruz nos dice que amor es dolor. Unamuno ama a España. ¿Quién puede dudar de ello? Otros la aman también de otra manera. Pero en el maestro de Salamanca, el amor es pasión, es dolor. «Me duele España,» ha dicho repetidamente. Y este amor y este dolor son fecundos, con la fecundidad de la cruz. Como él mismo dice: «El precepto supremo que surge del amor a Dios y la base de toda moral es éste: Entrégate por entero, da tu espíritu para salvarlo, para eternizarlo. Tal es el sacrificio de la vida.»

«Esto es unir la religión con la política,» dirán no pocos. Y no hay sino responder: ¿Cuándo estuvieron separadas? ¿Quién que haya estudiado la Historia o leído las páginas de la Biblia podrá decir que la religión no tiene que ver con el gobierno de los pueblos ni ésta con la religión? ¿Cómo se han constituido los poderes del mundo, sino sobre los patrones religiosos? ¿Qué eran los profetas de Israel, sino grandes reformadores sociales? ¿Qué fué el Cristianismo en sus épocas más fecundas y gloriosas, sino un transformador del Mundo antiguo, un creador de nuevos pueblos? ¿Qué naciones han progresado más en la vida política sino aquellas que pasaron previamente por una revolución religiosa, estimuladora del sentir y pensar personales en materias de la fe? ¿De dónde sino de principios religiosos han sacado sus inspiraciones un Gladstone o un Stresemann, un Lincoln o un Wilson?

No; no ha sobrado ni sobra religión en nuestra política. Nos ha faltado y nos falta en gran medida. No es religión una política porque se reciba para ella casi diariamente el santo y seña en tal o cual convento, en esta o en aquella casa de religión. Lo es porque está ins-

pirada en los grandes y nobles principios que van al fondo de la naturaleza de las cosas y de los eternos propósitos de Dios. Dignificar al hombre librándole de su propio apocamiento y exaltando su ciudadanía; buscar la justicia social, levantando el nivel de la vida física, no sólo del trabajador, sino de aquellos que de él dependen; pronunciar a toda capacidad su correspondiente oportunidad para bien de quien la posea y de sus semejantes; promover la cultura en todas sus formas; favorecer todo lo que eleva, y luchar contra todo lo que deprime y envilece; atreverse a correr los riesgos naturales de la libertad en busca de sus indefectibles ventajas; respetar el sagrado de la conciencia de cada hombre; esto es llevar la religión a la política, el Evangelio a la sociedad. Y ésta es la inspiración que nos viene, no de los conventos ni de las jerarquías romanas, sino de la cumbre del Gólgota.

«Dejémosla aquí,» dijo Unamuno de su cruz. Dejemos la religión en la política, decimos nosotros. Lleven los hombres la cruz, no como adorno de vanidad, sino, cual el maestro de Salamanca, sobre el corazón.

Adolfo Araujo

La buena obra de Raymond Leslie Buell Carta abierta a Salomón de la Selva

— Excmo del autor —

Sr. don Salomón de la Selva,
San José de Costa Rica,
Centroamérica.

Mi querido Salomón:

La extensa y elocuente carta, alusiva a ciertas declaraciones hechas por Raymond Leslie Buell, *Research Director* de la *Foreign Policy Association* de Nueva York, en un folleto recientemente publicado con el título *The Central Americas*, con que me honraste en el número de 24 de enero de este año de nuestro querido *Repertorio Americano*, me impone no sólo la obligación de contestar tus puntos de vista, sino también me ofrece la oportunidad muy grata para mí de corresponder a tu cortesía.

Desde hace largo tiempo he admirado intensamente el luminoso genio poético y literario del insigne autor de *El Soldado Desconocido* y *Tropical Town*. He admirado también la sinceridad de su patriotismo, ese amor abrasador de su tierra que le ha incitado a protestar con tanta virilidad contra las injurias e injusticias que actualmente sufre, debidas en gran parte a actos de compatriotas míos (lo cual admito con pesar), y que al fin le ha conducido a la desgracia del destierro. Pero quizás aún más que esas dos barras flamantes en el spectrum de su espíritu, he admirado la elevada amplitud de su criterio, su independencia de los clichés, tan comunes como fáciles, que vician tantas lucubraciones sobre la cuestión de las relaciones interamericanas, su dominio realista de los muchos complejos factores que integran el carácter nacional de mis conciudadanos y que modéan su política internacional. Tu modo de pensar es de un nicaragüense leal, pero a la vez de un ciudadano continental o mejor dicho, de un ciudadano del mundo. Pero en este caso a mi parecer, el poeta, el patriota

y el filósofo se han tornado en el polemista de fuste.

En tu carta has logrado formular una acusación apasionada contra Raymond Leslie Buell; pero a mi humilde criterio ella no es justa para contigo ni para con él, ni tampoco para con aquellos lectores que basarán la opinión de su obra sobre tus palabras.

No voy a discutir tus cargos desde el punto de vista de él, lo que podrá hacer él si le interesa el esfuerzo, sino desde el mío. Escribo no solamente porque me duele notar una falta seria de entendimiento entre dos pensadores, a quienes guardo tanto respeto como cariño, sino también porque temo que el intercambio franco de opiniones que tú has iniciado sobre estas cuestiones y que tanto interesa a nosotros los de la Liga de Reconciliación promover, según las propias palabras de tu carta, no esté dirigido a la meta de la verdadera comprensión mutua que de seguro buscamos.

Voy a referirme brevemente a los tres puntos relativos a la situación nicaragüense que tu citas.

Primero, ¿el resultado de la política estadounidense en Nicaragua ha sido la supresión o la provocación de las revoluciones? Desde mi punto de vista estoy de acuerdo contigo de que un análisis completo de las desgracias de Nicaragua no puede omitir el papel funesto de la política de ingerencia seguida por el Departamento de Estado. Pero el fijarte casi exclusivamente en la responsabilidad de los Estados Unidos, haciendo caso omiso de la función vergonzosa de los dirigentes nicaragüenses durante las últimas tres décadas, atribuyéndoles aparentemente el papel de títeres manejados desde Washington, me parece ir al otro extremo. Si los nicaragüenses unidos lucharan contra la intervención extranjera como lo hicieron los dominicanos y los